

CUENTO

El juicio de los dioses

ANTONIO MORA VELEZ

Zeus estaba sentado en su trono color jaspe contemplando el horizonte del valle que se extendía a partir de las estribaciones del Olimpo. Recibía la brisa fresca que venía del Egeo y se dejaba atender por Ganimedes, quien le había llevado en un vaso un poco de Néctar y un buen pedazo de Ambrosía, para que matara el tiempo mientras aguardaba la llegada de sus dioses subalternos, a quienes había mandado llamar para una reunión especial del Consejo.

Amaltea, la vieja cocinera con cara de cabra, miraba la escena desde el peristilo de entrada, intrigada por los comentarios puestos a circular por Ftonos, a quien no miraba bien desde entonces. Según éste, el hermoso hijo de Tros había ascendido al Olimpo porque al gran Zeus le gustaba y lo deseaba tener a su lado hasta en sus aposentos privados, en las labores más íntimas.

Zeus dijo a Ganimedes: "Hijo, está Hermes en palacio?". Ganimedes le contestó que sí, que se encontraba —como siempre— tocando la lira en la pérgola del templo.

—Dile que venga a mí enseguida! —ordenó Zeus.

Ganimedes lo hizo y, bien pronto, fiel a su rapidez de piernas, el buen Hermes apareció delante de su padre con su petaso, su caduceo, y sus taloneras en disposición de viaje, presto a cumplir la misión que le encomendara el Olímpico.

—¿Por qué no llegan aún mis otros hijos? —le preguntó a Hermes.

—Lo ignoro, padre. He avisado a todos de la magna reunión convocada por Vos. A Apolo le cité aquí en Tesalía, en la Central de

Energía; a Dionisio en el Tigris, sembrando vid; a Argos lo localicé en Tracia construyendo arietes; a Artemisa le avisé en Efeso mientras iniciaba una partida de caza, y a Atenea la avisté disparando el poderoso rayo en las montañas del Pindo.

—Está bien, está bien, hijo; pero se demoran! —dijo Zeus alterado.

—Habrán encontrado dificultades con el tiempo —le contestó Hermes— Por esta época del año los viajes en giros se hacen más difíciles.

Zeus había convocado una reunión del Consejo Supremo para dilucidar un asunto delicado. A oídos suyos había llegado la versión de los amores de Afrodita con un mortal, y las andanzas de Prometeo, el amigo y protegido de Atenea.

De pronto Zeus cayó en cuenta de que faltaba uno de los miembros del Consejo, a quien Hermes no había nombrado en su ligero informe.

—Falta Perseo! —gritó.

—Salió en busca del petrificador iónico para Polidecto —contestó Hermes.

Zeus refunfuñó un poco, comió un pedazo de Ambrosía y enseguida apuró parte del líquido de su copa.

—Vé a buscar a mis hermanos —le dijo después a Hermes—. A Hades lo encuentras en las minas de cobalto de Capadocia, y a Poseidón en la estación del Caspio. También a ellos los voy a necesitar.

Entonces el veloz mensajero de Zeus puso alas a su voluntad y se perdió entre las nubes, dejando tan sólo la estela de sus pequeñas turbinas. Pocos kilómetros lo separaban realmente de los sitios prefijados por Zeus en los cuales buscar a sus tíos. Varias veces había ido a llevarles los tambores de suministro, de modo que sabía perfectamente en qué lugar hallarlos.

II

Poseidón enseñaba en esos momentos a Ceres el arte de cabalgar.

Montados ambos en un ligero pura sangre de Aracosia, por las interminables llanuras del Caspio, Poseidón sujetaba bien fuerte a Ceres por la espalda con su brazo izquierdo mientras con el otro tomaba las riendas del brioso corcel.

Cuando Hermes apareció sobre los cielos de Armenia, Ceres sucumbía ante las argucias seductivas del audaz comandante de la Estación submarina del Caspio. Estaban sobre un prado delicioso, a la orilla de una cañada tempestuosa que se abría paso por entre las rocas iniciales de la cordillera del Elburz.

—El muy bandido de mi tío! Helo allí, dedicado al amor! —dijo Hermes desde el aire, en los precisos momentos en que iniciaba el descenso.

Poseidón tomó su arma de tres fuegos en forma de cayado, brindó la mano a Ceres para que se levantara del Césped y le dijo:

—Es Hermes mi sobrino, con absoluta seguridad. Algo se trae entre manos mi hermano desde que lo envía en fecha anticipada.

—¿No será que hay de nuevo crisis en el Olimpo? —preguntó Ceres.

—Es posible, Demeter; casi que apostarí a que esa es la razón de la llegada de Hermes.

—Bien, debemos despedirnos Posi, no sea que mi buen Dionisio se entere de esta salida. Ya sabes lo celoso que es. . .

—Y tiene razón de serlo contigo. Además, el que la debe la teme, y él me la hizo con Beroe, no lo recuerdas?.

A Demeter esas palabras de Poseidón le sonaron mal en sus oídos, llevaban el acfbar de la venganza. Por eso le dijo:

—Me parece un análisis de muy mal gusto, Posi.

—No te enojés. Deme. A propósito de tu marido, ¿cómo andan esos trabajos de injertología con cítricos que adelanta?.

Ceres iba a responderle con un gracejo pero Hermes ya estaba en camino hacia ellos desde la llanura. Al divisarlos, el buen mensajero les gritó:

—Hey jóvenes, traigo malas nuevas de la sede. Prepárense a escuchar!.

Poseidón dijo entonces a su compañera que era mejor esperarlo allí y escucharle el cuento y luego pedirle el favor de que los transportara a los dos en su giro a las estaciones Oceánica y de Cultivos respectivamente.

Hermes llegó rápidamente y casi sin bajarse de su pequeño giro y de apagar sus micro-turbinas adicionales, inició la información.

—Es Zeus que quiere una reunión urgente del Consejo para decidir dos desacatos: uno de Afrodita y otro de Atenea.

—¿Afrodita y Atenea?— preguntó desconcertado Poseidón.

—Así como lo oyes tío, Afrodita y Atenea. La una por los amores con un mortal del Zagros y la otra por sus veleidades con Prometeo, el hijo de Japet, que ha resultado escultor y pretende hacerle una estatua desnuda. Te debes imaginar la rabieta de Hera, que no hace sino cuidar la belleza de su hija.

—Pues a mí me gustaría verla relegada al gineceo. Desde que me ganó el concurso de mejores logros industriales con su famosa planta oleaginosa, se volvió imposible!. Se cree una artista!.

Hermes y Demeter sonrieron.

—Bien, tío: ¿Vas a ir?

—Claro que iré! No pienso perderme de esa reprimenda por nada de este salvaje mundo!.

III

Hermes estaba de nuevo sobre las nubes, jugando con cuanta ave se encontraba a su paso. Abajo, sobre la margen de un río un grupo de labradores nativos hacia los surcos tal y como Ceres se los había enseñado, y otro detrás dejaba caer las semillas de la planta que la misma agrónomo había decidido sembrar en esta cosecha. Más allá del horizonte, hacia el sur, en la orilla del gran Golfo, divisaba la tienda del famoso vidente que alguna vez profetizó el fin de los dioses del Olimpo con el argumento de que terminarían

contaminados de pasiones como cualquier mortal y que, aunque demasiado tarde para rectificar, llegarían a la conclusión de que las gentes de la Tierra eran indomeñables con todo y la apariencia servil y mística que manejaban. La tienda del viejo Zoroastro, sobre las arenas finales del desierto.

Hermes había sobrevolado el monte Ararat y se dirigía hacia la cordillera del Ponto buscando bordearla hacia la entrada del Euxino. Allí, en la Capadocia, en las faldas del monte más alto, se encontraba con seguridad su tío Hades, el veterano de las minas, el geólogo de la expedición, trabajando en la sustracción de minerales estratégicos.

A Hades no lo encontró Hermes viviendo las aventuras del sexo. Estaba en su oficio, como buen estudioso de la tierra profunda. Además, al pobre Hades, por lo inhóspito de su trabajo, no lo querían mucho las lindas chicas del Olimpo —que no eran muchas— y de no haber sido por Ceres, quien consintió que su hija Proserpina, escogida por Zeus, lo acompañara en sus horas de amor, a estas alturas de la vida el formidable rompe-bloques de la Capadocia estaría loco de soledad y seguramente condenado a quedar enterrado en una de sus muchas cuevas abiertas. Porque feo, lo que se dice feo, no era. Un poco serio, tal vez por la rudeza del trabajo que hacía, pero noble de corazón en el fondo, como casi todos los hombres de la expedición.

Hades sintió el sonido de chorro del giro de Hermes y salió enseguida a la superficie. “Qué extraño —se dijo— Por qué en esta fecha?”. Hermes lo divisó en la entrada del socavón más grande y le gritó desde lo alto que se prepara para viajar al Olimpo, que Zeus lo necesitaba para una reunión del Consejo en la que se debatirían temas de trascendencia. Hades escuchó atento y luego le pidió a Hermes que bajara para mostrarle las últimas adquisiciones de mineral y para hacerle una atención.

—Proserpina sabe cocinar bien las carnes y plantas de este planeta!
—le gritó para que lo oyera.

Hermes, famoso por su velocidad y por su estómago, bajó en el acto.

—Pues verás tío —inició Hermes la plática— es el viejo asunto de

Afrodita con ese mortal del Zagros al que llaman Anquises, y las infidencias de Atenas con Prometeo. Ya sabes que a los mediohermanos les está prohibido conocer toda nuestra ciencia. . .

—Eso ya lo sé, hijo —le contestó Hades— Pero ¿no fue invitado Prometeo al Olimpo hace un par de meses? ¿Y no es acaso Afrodita la diosa del amor?. Por cierto que supe que hasta contigo tuvo su enredo.

Hermes sonrió y se quedó mirando al viejo zorro de las minas.

—Lo de ahora es más grave —le respondió.

—¿Más grave?. ¿Existiendo esos precedentes?

—Ya lo sabrás en la reunión, tío. No puedo informarte más. Tu sabes como es Zeus.

—Bueno hijo, entonces comamos y bebamos mientras ese día llega.

Proserpina había servido ya varias viandas con ricos guisados y copas rebosantes de licor fresco.

—Son de esta tierra! —le dijo a Hermes.

—Como lo puedes ver, algo le hemos aprendido a Demeter, quien viene cada seis meses por acá a visitarnos —dijo Hades.

Hermes inició la frugal cena en compañía de sus amigos y de dos operarios más, al parecer, hijos de dioses con terrícolas.

—A propósito de Afrodita —dijo Hades— ¿vive todavía con Hefestos?

—He allí el problema, tío. Que sí. Y esa es la razón de la soberbia de Zeus, que la muy coqueta de Afrodita le ponga los cuernos de la abundancia al pobre hermano. Pero qué otra cosa se podía esperar con lo feo y contrahecho que es. Nunca ví bien esa unión, tío, pero al viejo ionante se le metió que así tenía que ser, que a Hefestos había que recompensarlo por lo agotador y fuerte de su tarea en las fraguas. . .

—Yo no creo mucho en eso —continuó Hades— conozco bien a Zeus. Algo debió sucederle con Afrodita y por eso la destinó al trabajo de la Unidad Metalúrgica al mando del rengó.

—Es posible —terció Proserpina— con lo licencioso que se ha vuelto el Zeus. . .

IV

Hermes estaba de vuelta al Olimpo y sobrevolaba las llanuras de Frigia. Había disfrutado de las atenciones de Hades y Proserpina, a quienes había ayudado en su célebre fuga de amor auspiciada por Zeus, y estaba un poco demorado ya que había prometido a su padre que no regresaría en dos jornadas y estaba por finalizar la lité de la tercera y él todavía montaba su veloz giro, ahora sobre la isla de Lesbos, famosa porque casi todos sus pobladores eran mujeres.

En el Palacio, Zeus lo aguardaba impaciente. Ya habían hecho su entrada al gran salón de convenciones: Apolo, Dionisio, Ares y Atenea, integrantes junto con Artemisa y Perseo del Consejo Superior de la Expedición. Faltaban por hacerlo los consultores Hades y Poseidón, a quienes por su experiencia —ambos habían ocupado la comandancia— Zeus los convocaba en las grandes reuniones de decisión.

La primera jornada estaba señalada para la tercera hora del día. Esa mañana el astro rey alumbraba con fuerza. Parecía como si el joven Apolo —a quien Zeus le había encomendado el mantenimiento de la Central de Energía— hubiera soltado todos los generadores volantes en veloz carrera por el firmamento. Apolo había llegado en compañía de su hija Aurora, la de los dedos rosados.

Artemisa esperaba en el propileo exhibiendo sus corimbios y su enigmático cetro de punta esmeralda que era luz, fuego y trueno según su casta voluntad. Momentos antes había saludado a su hermano gemelo Apolo, quien le había censurado el traje sucinto que llevaba, como si en vez de asistir a una reunión del Consejo se dispusiera a iniciar una correría por las praderas de Calidonia.

Atenea, como siempre, desde que llegó no se desprendió un instante de la compañía de su padre. Discutía con él.

—Padre, es un hombre inteligente al que hay que estimular! —le decía.

—Hija mía, tú no conoces la raíz de esa gente. No sólo te vas a desengañar sino que nos estás exponiendo a un desvío de nuestros planes, a una pérdida de tiempo y energía dilucidando un asunto de segunda. . .

—Si lo vieras, padre, es perfecto el trabajo que ha hecho; Urano no lo hubiera realizado mejor!

—Pero es un riesgo que no tenemos porqué correr y tú has infringido la ley, Atenea. Debes comprenderlo!

Dionisio, el experto vinicultor de Mesopotamia, conversaba entretanto con Amaltea.

—Demeter ha continuado con las suyas, ayer no más estuvo con Poseidón cabalgando por las llanuras de Persia. . .

—Si por allá llueve, por acá no escampa, mi diosito Posi. Pues verá usted que a mi buena Hebe la retiraron del servicio olímpico para colocar a ese mariconcito de Ganimedes, y todo por un error elemental que cualquier dios hubiera podido cometer. . .

—¿Cuál error, mi vieja amiga Amaltea —le preguntó Dionisio.

—Que le sirvió a Zeus néctar de doce años en las horas de la mañana!

—Ah vaya! Me imagino la cara de Zeus en ese momento.

Dionisio puso cara de circunspecto y se perdió un instante en las honduras de su alma. Amaltea le interrumpió para decirle:

—No se aflija mi diosito Dioni, la niña Demeter lo quiere, lo que pasa es que usted empina mucho el codo, como dicen los mortales de abajo, y un retozo de potranca en celo, como quien dice, un pecadillo de vez en cuando de Demeter, no significa gran cosa. Acaso usted no hace lo mismo y más en sus célebres bacanales?

Dionisio se la quedó mirando, contrariado, y bajó luego las escalinatas de entrada al salón de sesiones. En ese instante subía Posei-

dón acompañado de Anfitrite, su esposa.

—Salud! Mi buen Dionisio —le dijo.

Dionisio miró hacia otra parte tratando de eludir el saludo.

—¿Estás bien, Dionisio? —le preguntó Anfitrite.

Ante esa pregunta, al buen inventor del vino no le quedó otra alternativa que responder.

—Estoy bien, muy bien, Anfi. Gracias.

—Y Demeter?

Dionisio pensó un instante antes de responder esta otra pregunta.

—Ummm. . . debió quedarse cabalgando. Ayer estuvo, según supe, con un amigo nuestro, aprendiendo las delicias de la cabalgadura en pelo. . .

Poseidón cambió de colores y le dijo entonces a su mujer.

—Vamos amor, es tarde y Zeus debe estar impaciente por nuestra tardanza.

Amaltea, quien había presenciado a distancia el incidente, sonrió pícaramente y se volvió a sus quehaceres de directora de servicios.

V

El salón de sesiones fulguraba por todos lados. Arriba, la concavidad de la inmensa cúpula central parecía un reducto del sol de los olímpicos. Las columnas laterales cambiaban de colores rítmicamente, y en todo el ambiente había un aroma de césped y rocío mañanero que producía una especie de relax interior y unas ganas de pensar en asuntos trascendentales.

Ya todos los miembros del Consejo, con excepción de Perseo, habían ocupado sus curules. Zeus se levantó de su trono en forma de equis y dijo:

—Se abre la vigésima octava sesión de este año!

Miró entonces hacía el lugar en el que se encontraba Temis. Esta se puso de pie, abrió un pliego enrollado y le dió lectura.

—Hemos sido convocados para discutir dos desacatos a la magna ley de Olimpia. El primero: los amores de Afrodita con ese mortal al que llaman Anquises, lo cual viola el precepto número trece de nuestro código; el segundo es el apoyo que Atenea le presta a Prometeo, el joven semidios que se ha propuesto aprender la cibernética, lo cual viola el precepto L-quince de nuestro estatuto de seguridad.

Temis se sentó y miró entonces hacia el trono de Zeus.

—Siguiendo el orden de nuestros procesos sumarios, tienen la palabra, en ese orden, Afrodita y Atenea para que se descarguen. Luego lo harán los demás miembros del Consejo, los dos hermanos consejeros y finalmente yo.

Temis miró hacia la bancada donde se encontraban los dioses consejeros y Afrodita. Esta, luciendo su belleza natural, se levantó de su butaca, se dirigió al estrado, y una vez instalada en él, luego de mirar a Zeus y de hacerle una pequeña reverencia, dijo:

—No me siento culpable de nada. La culpa es de Zeus y de Moira!

En la sala se produjo un estallido de voces que opacó momentáneamente la intervención iniciada por Afrodita. Algunas de exclamación, otras de censura por el irrespeto y alguna otra de aprobación. Acallado el recinto de nuevo, Afrodita continuó.

—Sí, de Zeus porque él es quien ocupa permanentemente a mi marido Hefestos en la fabricación de sables de acero inoxidable para armar a los mortales de sus preferencias, no permitiéndole un rato libre que pueda dedicarme. . .

Un ligero murmullo interrumpió a Afrodita en su defensa. Esta lo aprovechó para arreglarse coquetamente el rostro y prosiguió:

—¿Acaso no soy considerada una mujer hermosa?. ¿La más hermosa del Olimpo?.

—Porque compraste a Paris ofreciéndole a Helena! —le gritó desde

su puesto Atenea.

Antes de que la sala estallara en exclamaciones por segunda vez, Zeus alzó su espada de energía encendida y ordenó silencio y compostura.

—No vamos a dilucidar ahora todos los problemas! —dijo

Afrodita continuó:

—Además, la culpa también es de Moira porque, quién puede escapar a sus misteriosos designios? ¡Ni siquiera los dioses pueden!

—Eres una tonta —le gritó Atenea— la Moira somos nosotros cuando intervenimos en la vida y en la historia de los mortales!

—Basta de interrupciones insultantes! —gritó Zeus, señalando con su espada a su hija.

Zeus miró hacia Afrodita y le hizo un ademán para que continuara.

—Y me parece pueril que sigamos desconfiando de los mortales. ¿No es Hércules, el prometido de Hebe, hijo de Zeus con una mortal?. ¿Y no ha dado acaso pruebas de inteligencia y capacidad en Erimanto y en el Jardín de las Hespérides?. Estimo que ya está bueno de tantas reservas genéticas. Así como las mujeres de esta Tierra han podido concebir de nuestros hombres, nosotras podemos concebir de los suyos!

Hubo entonces otra exclamación colectiva que Zeus trató de acallar con su voz de trueno solicitando orden y silencio. Mientras, Afrodita bajaba del estrado, caminando con elegancia y donosura hacia su escaño, en el que se acomodaría luego con gracia y una sonrisa de triunfo que a Zeus le caló hondo.

—Tiene la palabra Atenea — anunció Temis, minutos después.

La hermosa ingeniero textil de la Expedición se levantó de su escaño. Vestía la usual clámide y una túnica rosada que resaltaba su hermosura y la majestuosidad de sus movimientos. Una vez llegó al estrado habló así ante el Consejo y la Sala:

—Tampoco creo que haya hecho nada perjudicial a nuestra misión

estimulando la inventiva científica de los nativos. Prometeo, y valga la expresión, es un joven que promete!

La sala se inundó de risas en lugar de gritos, festejando el gracejo. Luego Atenea continuó:

—Prometeo ha estudiado escultura conmigo y cibernética con Psiquis. Ha construido un orgci que bien podría pasar como humano en cualquier estadio o avenida, pero le hace falta la pila y por eso lo recomendé a Apolo, pero éste se negó a ayudarlo y yo he discutido con él el asunto. De ahí viene todo el enredo. Y yo pregunto: ¿Es malo esto?. ¿Es malo que un mortal logre aprender nuestra ciencia y se coloque a nuestra altura intelectual?

Atenea se quedó por un instante largo mirando el contorno, como si esperara una respuesta. Pero antes de que se produjera, prosiguió:

—Yo no creo que esto sea malo! Hemos venido aquí a enseñar, a hacer progresar a esta raza, no a dominarla, a conquistarla como cualquier vulgar atrida!

VI

Prometeo había aprendido las leyes de la metalurgia con Hefestos, ciencias del mar con Poseidón, agricultura con Demeter, cibernética con Psiquis, música con Pan y escultura con Atenea. Era el mortal más inteligente y capaz de todos cuantos habían sido admitidos como aprendices por los tripulantes de la Expedición Olimpia. Sus demás congéneres vivían todavía la edad de bronce y miraban como asuntos de dioses los adelantos de los hombres del Olimpo. Por esto a Zeus le parecía peligroso que un hombre de La Tierra aprendiera tanto. En lugar de ayudar a su pueblo —decía— trataría de sojuzgarlo aprovechando su superioridad. Prometeo no es una excepción moral por muy versado que esté en ciencias! Evidentemente, como lo sostiene Atenea, no hemos venido a conquistar, pero tampoco a proporcionarle herramientas de conquista a otros!. Y eso sería lo que ocurriría si Apolo le enseña a fabricar pilas atómicas a Prometeo!

Zeus era partidario de la tesis de la evolución inducida. No había por qué enseñarles todas las técnicas a los hombres de La Tierra, bastaba con situarlos en el camino de progreso para que ellos y la

historia se encargaran del resto. Demeter y Atenea opinaban lo contrario. Debemos ahorrarle a esta pobre gente siglos de penurias y calamidades, decían. Hacerlos avanzar con nuestra ciencia hacia estadios de desarrollo que todavía ni imaginan siquiera. ¿A qué esperar, si lo más probable es que no podamos regresar a nuestra galaxia de origen?.

Es mejor y más querido lo que se consigue con esfuerzo propio, replicaba Zeus. No sabemos hasta dónde sean capaces de cuidar nuestra ciencia, de usarla siempre bien. Y no sabemos tampoco si podrán cambiar interiormente al mismo ritmo de la nueva técnica. Han visto todos que el hombre de este planeta es discol, terco, envidioso, irritable y vacío moralmente. ¿Lo creen capaz de alcanzar una civilización como la nuestra saltando las etapas propias de su desarrollo?.

Prometeo, por su parte, trataba de utilizar para sus fines a Atenea y a los demás dioses que defendían la implantación de la cultura olímpica en los pueblos del Atica y de Mesopotamia, las regiones más avanzadas de entonces. Todo lo que había estudiado lo había hecho con la mira de ponerle un freno a la dominación. Si también aprendemos y nos colocamos a la altura de ellos —decía— no podrán manejarnos como conejillos.

A Zeus le preocupaba también el cruce racial. Los primeros experimentos terminaron catastróficamente; en lugar de seres corrientes nacieron unos gigantes torpes que se convirtieron en un dolor de cabeza para todos los olímpicos. Poco a poco, con la adecuación cromosómica, comenzaron a venir al mundo hombres como Hércules, fuertes, de asombrosa musculatura, pero intelectualmente deficientes, tanto que había que enseñarles con el método primitivo. Pero desde que los hijos de los dioses tomaron como hembras a las hijas de los atenienses, los vástagos conjugaron fuerza e inteligencia, y surgió así la raza de los semidioses, de la cual Prometeo era un exponente. Y a Zeus le preocupaba la continuidad del cruce porque esa era otra forma de cambiar el curso de la Historia que a él le parecía tan merecedora de no ser perturbada sino en casos excepcionales, del mismo modo que el sueño de los dioses en el camino del cosmos. Y porque los nuevos hombres, superiores a sus mediohermanos de La Tierra; serían con el correr de los años, los amos del planeta.

VII

La sala de sesiones estaba de nuevo iluminada por la amplia cúpula de termoreflexión que cubría su parte central. Sentados en sus curules, los miembros del Consejo, los asesores y los demás integrantes de la expedición residenciados en el Olimpo que asistían al juicio abierto en contra de Afrodita y Atenea por lo que Zeus y Temis estimaron un desacato a las leyes olímpicas.

No habían intervenido los dioses consejeros, con excepción de Atenea, quien lo hizo en calidad de sindicada asumiendo su legítima defensa. Por esto Zeus lo primero que dispuso al reiniciarse el juicio fue solicitarlo así a Apolo, a Artemisa, a Ares y a Dionisio, en ese orden.

Apolo, resplandeciente como un sol, elegante y altivo, dejó su capa de rayos en el atril, subió las escalinatas y llegó al estrado. Comenzó diciendo que a él no le disgustaba el progreso de los hombres de La Tierra pero que le parecía demasiado enseñarles cómo se podía condensar la energía del sol en bloques de cobalto y zinc. "Es tanto como proporcionarles las armas para que con ellas mismas nos combatan". dijo.

Solicitó finalmente que a Prometeo se le condenara por haberlo intentado y se le impusiera la pena del destierro, y que a Atenea se le amonestara y se le conminara a no prestarle más ayuda.

Artemisa censuró a Afrodita por su vida libertina. "No sólo le falta a Hefestos con ese mortal del Zagros, sino que lo ha hecho con Ares, con Poseidón, con Hermes y con Dionisio, aquí presentes! ¿Acaso no está fresca la escena de celos que Hefestos protagonizó al sorprender a su mujer en el lecho con Ares el verano pasado?. No se puede ser diosa y mujer entregada a los placeres del sexo, al mismo tiempo!, dijo. Es dar un mal ejemplo que cundirá si no lo atajamos y que nos destruirá con más prontitud que las armas a las que teme Apolo. Ares, por su parte, se limitó a afirmar que compartía los criterios de Apolo pero que encontraba demasiado parciales los argumentos de Artemisa. "Juzga por lo que ella es y nosotros no podemos obligar a los demás a actuar conforme nuestros preceptos", sostuvo. Finalmente, pasando por alto los cuernos de Demeter, Dionisio defendió la actitud de Afrodita: "El amor es universal y no puede ser encerrado, maniatado y convertido en propiedad privada. Que Hefestos haga un análisis de su con-

ducta sexual y que Zeus le exija menos para que tenga más tiempo que compartir con su compañera". Amaltea, que escuchaba en el pasillo del fondo, dijo para sí:

—Te los tienes bien merecido, Baco estúpido!

Zeus llamó entonces a sus hermanos asesores y les pidió que expresaran su opinión sobre lo dicho y escuchado. Poseidón apoyó la tesis de Apolo sobre Atenea y calló respecto de la acusación de Artemisa: Hades hizo lo mismo pero agregó al final una frase que era como un rayo de penetración. Dijo:

"Parece que hay mucha promiscuidad sexual en el Olimpo. ¿No será bueno abrir el compás en materia de uniones con los mortales?"

Después, Zeus solicitó a Temis que contabilizara los votos emitidos. Esta recogió las tarjetas, las examinó un rato, anotó el contenido en una hoja aparte y comenzó a proferir el fallo: "Prometeo es encontrado culpable por temeridad: se le impone la pena del destierro. Atenea es hallada responsable de desacato a las leyes del Olimpo; se le impone la obligación de no prestarle al primero más ayuda técnica. Afrodita es conminada a cumplir con sus deberes de esposa u optar por el divorcio, y a Zeus se le solicita no atosigar de encargos al buen Hefestos para que le cumpla a su mujer".

VIII

Esa mañana del hurto, Prometeo había conversado con Atenea sobre la naturaleza del fallo. El destierro significaba que no podía ir más a la cumbre del Olimpo ni presenciar las maravillas de la ciencia olímpica; tendría que conformarse con saber de referencia lo que los dioses quisieran, que era tanto como ponerle coto a sus ansias de sabiduría y a sus deseos de elevarse por encima de los demás humanos, y cancelar los planes de conquista de la Naturaleza, que era, en su opinión, la mejor hazaña que podría acometer pueblo alguno.

Sabedor de lo que le esperaba, Prometeo tomó la decisión que ya tenía en mente desde que Apolo se negó a colaborar con él. Gracias a Atenea, quien le había enseñado todo el Palacio, pudo llegar durante la noche a la sala de archivos y encontrar sin mayores dificultades los planos y demás datos de la pila atómica que los dioses

utilizaban para proporcionarse energía. Su astucia y la identificación de todas las alarmas magnéticas, facilitaron su operación. Prometeo salió del Olimpo media hora después, sin ser visto, con la felicidad embolsillada. Tenía en sus manos la energía que necesitaba para hacer funcionar su robot de apariencia humana, el mismo que había arrancado exclamaciones de asombro a Atenea y que era el prelude de la conversión del pueblo nativo en el hombre cósmico que los dioses representaban allí, ubicados en ese monte helénico de poca altura, frente al mar de las mil islas.

Pero Zeus no era tan falto de malicia como suponían algunos. Cuando supo la sustracción de los microfilmes y cassettes que contenían toda la información sobre las pilas, llamó a Hermes y a Hefesto para que persiguieran a Prometeo y lo hicieran encadenar en las montañas del Cáucaso sin fórmula de juicio. Ese era el castigo que se le imponía a los ladrones mayores.

Atenea clamó por el perdón y acusó a Zeus de abuso de poder porque lesionaba los derechos del encadenado.

—Los humanos no tienen derechos —le respondió Zeus— Están todavía en la etapa de la comunidad gentilicia!

Los demás dioses consintieron en la medida porque, en efecto Prometeo fue encontrado con la pila en las manos, justo en el momento en que hacía caminar y hablar a su portentoso robot y tal hecho, palabras más, palabras menos, equivalía a una confesión de culpa materializada.

Y así fue como al titán hijo de Japet y de Clymene lo ataron en una roca del Cáucaso para que muriera de insolación o de frío, de hambre o de sed, o de buitres, que era la peor manera de morir en esa época. Y hubiera muerto indefectiblemente en esa oportunidad de no haber sido por Atenea, que no lo abandonó a su suerte muy a pesar de la sentencia que la obligaba a hacerlo. Atenea se hizo amiga de Hércules, a quien Hera había consentido como marido de Hebe, su fiel piloto, y le pidió que saliera con ella en el giro, de paseo por el norte. Hércules no se negó y al poco tiempo de vuelo, sobre una roca del Kazbeck, vio a Prometeo tratando de impedir que un buitre le devorara las entrañas. Hércules, hijo de una terrestre, no pudo evitar que un corrientazo de solidaridad le moviera el espíritu, y se lanzó en picada con la punta de su artillero láser en dirección del animal. Bastaron dos o tres minutos de

maniobra y el rapaz buitre cayó fulminado cuan grande era sobre la arena del camino. Prometeo lanzó un grito de júbilo y se desmayó. La hermosa Atenea, presa de la tensión, se desmayó también dentro de la nave. Y no era para menos. En ese instante, el hijo de Zeus le había salvado la vida al hijo de los hombres, al héroe Prometeo, que había intentado robarle a los dioses el fuego eterno del Olimpo.